DOI: 10.12933/therya_ixmana-27-906
ISSN 2954-3606

Therya *ixmana*, 2027, Vol. 6(1):61-65

RELACIÓN HISTÓRICA ENTRE BALLENAS Y SOCIEDADES HUMANAS

José Ángel Ortega-Borchardt[1], Héctor Pérez-Puig[2] y Gisela Heckel[1]*

[1]Centro de Investigación Científica y de Educación Superior de Ensenada. Ensenada, Baja California, México.
jangelortegab@gmail.com (JÁO-B), gheckel@cicese.edu.mx (GH)

[2]Programa de Mamíferos Marinos. Centro de Estudios Culturales y Ecológicos Prescott College, A.C. Bahía de Kino, Sonora, México. hector.perez@prescott.edu (HP-P)

*Autora de correspondencia

De seres mitológicos a especies sometidas a una explotación comercial intensiva y, posteriormente, a medidas internacionales de conservación, las ballenas han ocupado un lugar fundamental en la historia cultural de las sociedades humanas.

Una columna de vapor divide el horizonte, seguida de un sonido profundo y extraño, como si el propio océano hubiera emergido para respirar. Una nube brillante se percibe bajo esta exhalación, mientras un gran lomo oscuro se sumerge entre el oleaje. Una cola en forma de V rompe la superficie y desaparece. Para aquella persona que observara dicha escena desde algún acantilado o desde la costa, estos soplos despertaban asombro, curiosidad e incluso temor. Históricamente, las comunidades costeras consideraron el océano el dominio de estos "monstruos marinos": las grandes ballenas.

Los mamíferos marinos constituyen un grupo funcional integrado por diversas familias adaptadas a los ecosistemas acuáticos. Dentro de esta agrupación, los cetáceos constituyen el grupo más diverso, con 94 especies vivientes reconocidas actualmente por el Comité de Taxonomía de la *Society of Marine Mammalogy*. Aunque tradicionalmente se les asignó el rango de orden (Cetacea, del griego *kētos*, 'ballena' o 'monstruo marino'), el esquema taxonómico actual clasifica a los cetáceos como un infraorden dentro del orden Artiodactyla. Esta disposición sistemática refleja que los cetáceos descienden de mamíferos artiodáctilos terrestres y forman un linaje evolutivo estrechamente emparentado con los hipopótamos, sus parientes vivos más cercanos. Entre los cetáceos actuales persisten dos ramas evolutivas principales: los odontocetos, o cetáceos con dientes, que comprenden la mayor diversidad, con 79 especies (una de ellas clasificada como posiblemente extinta); y los misticetos, conocidos como ballenas barbadas, de los cuales se reconocen 15 especies vivientes.

En el caso de las ballenas barbadas, su representación cultural se estructuró desde sus inicios mediante el lenguaje. Durante la Antigüedad clásica (del siglo VIII a.C. al siglo V d.C.) se empleaba el vocablo *phálaina* para designar a estos grandes cetáceos. De este término, a través de variantes dialectales en el Mediterráneo, derivó la voz latina *ballaena*, origen directo del español ballena, del francés *baleine* y del portugués *baleia*. Por su parte, la palabra inglesa moderna *whale* proviene del inglés antiguo *hwæl*, de raíz germánica y emparentada con formas análogas en otras lenguas del norte de Europa. Lejos de constituir meras etiquetas abstractas, estas primeras denominaciones aludían a rasgos morfológicos evidentes, como las dimensiones corporales o la exhalación de vapor, que permitían a las comunidades costeras caracterizar a estos gigantes marinos.

En altamar, el soplo característico de las ballenas, condensado en una columna de vapor, solía ser el primer indicio de su presencia y evocaba en los navegantes el humo de una gran chimenea. A diferencia de la cercanía y el aprecio documentados hacia los delfines en el Mediterráneo, varios registros clásicos asociaron a las grandes ballenas con una amenaza. Según asentó el historiador Flavio Arriano (c. 85-175 d.C.) en su obra "Índica", el almirante Nearco (c. 360-300 a.C.), al mando de la flota de Alejandro Magno en el mar Arábigo, ordenó a su tripulación avanzar en formación, tocar las trompetas y azotar el agua con los remos para ahuyentar a estos animales y superar el temor de sus remeros. Siglos después, el poeta grecorromano Opiano (c. 180 d.C.), al describir en su poema "Haliéutica" la captura de un "monstruo marino" o de un gran cetáceo, la presentó como un suceso perturbador e inquietante. Paralelamente, en el imaginario náutico de cronistas y navegantes árabes medievales, pervivieron relatos folclóricos sobre un "pez gigante" de proporciones míticas, capaz de dañar las embarcaciones con su aleta caudal.

Esta percepción de las ballenas como criaturas enormes y temibles encuentra un eco profundo en los textos religiosos. En la tradición judeocristiana, estos animales aparecen desde los relatos del Génesis (1, 20-21); en una de las traducciones se describe que, durante el quinto día de la creación, Dios ordenó que el mar produjera seres vivientes y creó las grandes ballenas junto con todo ser que se desplaza en él. No obstante, durante gran parte de la historia registrada, hubo poca distinción conceptual entre un "monstruo marino" y un cetáceo. El ejemplo más emblemático se encuentra en el Antiguo Testamento, donde la ballena se asocia con el Leviatán, descrito como un ser gigante, escamoso y feroz que simboliza el caos primordial y el poder divino. En el Libro de Job, el Leviatán se utiliza para ilustrar que la magnitud de la naturaleza supera por completo la comprensión humana. Más allá de estas metáforas sobre la divinidad, la narrativa bíblica ha ofrecido relatos concretos que han contribuido a forjar la imagen de estos animales.

Therya *ixmana*, 2027, Vol. 6(1):61-65



En el contexto de la enseñanza cristiana medieval, la ballena se interpreta alegóricamente como una astuta entidad del mal que engaña a los pecadores y, finalmente, los conduce al inframundo. Iluminación del Bestiario de Hugo de Fouilloy (c. 1270, Colección del *Getty Museum*).

Entre estos capítulos, el más representativo es el del cetáceo que tragó al profeta Jonás. En el texto, Dios envió a Jonás a Nínive, ubicada en la actual ciudad de Mosul (Irak), para salvar a su población. Sin embargo, Jonás intenta escapar por mar hacia Tarsis, región que suele asociarse con la actual Andalucía, en España. Ante su huida, Dios provocó una gran tormenta y, para evitar el naufragio de la embarcación, el profeta pidió a los marineros que lo arrojaran al mar para calmar las aguas y que se les perdonara la vida. El texto narra que el Señor le ordenó a una ballena (en las antiguas escrituras, denominada "un gran pez") que se tragara a Jonás, quien permaneció en su estómago durante tres días y tres noches. Desde el lumen gástrico de la ballena, el profeta imploró perdón y piedad; sus plegarias fueron escuchadas por Dios, quien le ordenó al animal que lo vomitara en tierra firme. Tras su desagradable experiencia, Jonás finalmente se dirigió a Nínive para predicar. Como testimonio de este suceso, se dice que en la mezquita del profeta Jonás de dicha ciudad se conservaba un hueso de ballena que conmemoraba su proclamación.



Según el Antiguo Testamento, Jonás fue expulsado por un "gran pez" (posiblemente una ballena) tras haber permanecido en su interior durante tres días y tres noches, y en ese momento reconoció el poder de Dios. Pintura: Pieter Lastman (1621, Wikimedia Commons).

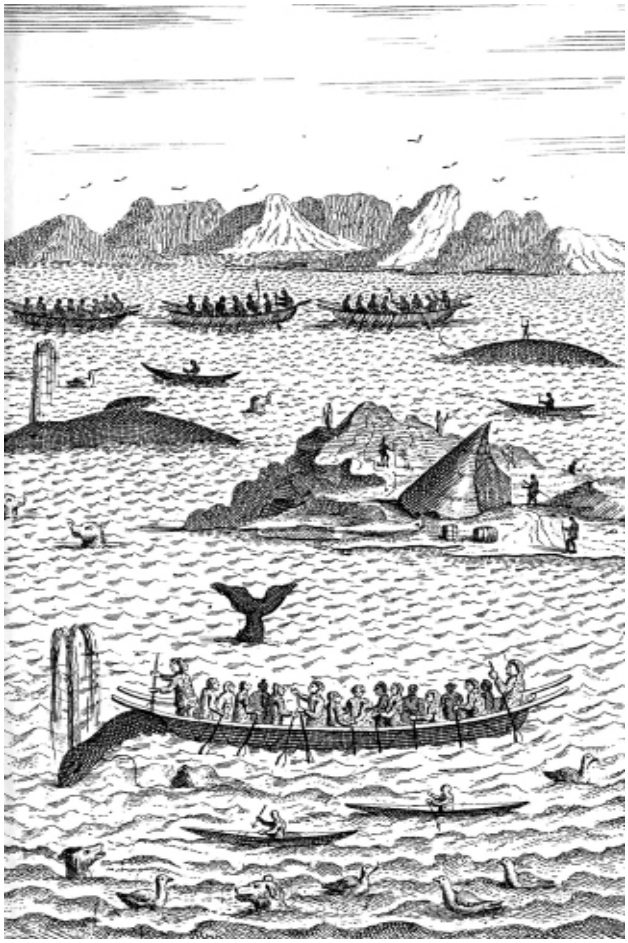
Además de los relatos bíblicos, el gran tamaño de estos animales propició la difusión de leyendas en la cristiandad medieval. Entre estas destaca San Brendán, un monje irlandés nacido hacia el año 484 d. C., en la cual se narra su travesía hacia *Tír na nÓg* ('Tierra de la Juventud'), una isla de la mitología celta, acompañado de otros monjes. El suceso más conocido ocurrió un domingo de Pascua, cuando los navegantes desembarcaron en una aparente isla desértica para oficiar misa. Al encender una fogata, la tierra comenzó a temblar, revelando que la isla era, en realidad, Jasconius, una inmensa ballena que, según el mito, era "incapaz de morder su propia cola" debido a su tamaño. El animal desapareció en el horizonte mientras los restos del fuego aún ardían sobre su lomo; sin embargo, Jasconius volvió a ofrecer su lomo en encuentros posteriores para que los monjes celebraran misa, aunque, a partir de esa primera experiencia, los viajeros decidieron consumir únicamente alimentos fríos.

Si bien las leyendas medievales concebían a las ballenas como seres mitológicos temibles, también se ha escrito sobre ellas en relatos culturales de diversas civilizaciones sin que se las considerara criaturas amenazantes. Para los maoríes, pueblo originario de Oceanía, su existencia está íntimamente ligada a las ballenas, quienes, se dice, ayudaron a su ancestro, Paikea, a llegar desde su tierra ancestral y espiritual (Hawaiki) a Aotearoa (Nueva Zelanda), tras ser el único sobreviviente de un desastre en el mar. Paikea logró tal hazaña montando el lomo de una ballena o adquiriendo su forma y, según la tradición oral, convirtiéndose en un anciano (*he tahito*), un ser extraordinario (*he tipua*), un habitante de las profundidades (*he taniwha*), una ballena (*he tohorā*), un hombre (*he tangata*), un centinela para su pueblo (*he tekoteko*). Actualmente, Paikea también es el nombre con el que se conoce a la ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*) de la población de Oceanía y sus relatos sustentan el reconocimiento de las ballenas como ancestras y guardianas de su conocimiento tradicional. Por ejemplo, los maoríes invocan a las ballenas para que tranquilicen las aguas turbulentas y garanticen un paso seguro: *tere tohorā*, *tere tangata*, 'donde viajan las ballenas, las personas las siguen', un proverbio que denota la fuerte conexión entre humanos y ballenas.

No obstante, a lo largo de miles de años, estos animales constituyeron un recurso crítico de subsistencia para diversos grupos costeros que aprovechaban los varamientos fortuitos. Un caso emblemático ocurre en el Golfo de California (México), donde la presencia de la etnia *comcáac* (seri) a lo largo de más de dos milenios en la Región de las Grandes Islas, consolidó a sus miembros como observadores meticulosos. Esta convivencia cercana permitió a la comunidad identificar a diversas especies de cetáceos con nombres específicos en su idioma, el *cmiique iitom*, integrándolas a una cosmovisión plasmada en historias y cantos que consideran a las ballenas como "gente como nosotros". Este vínculo práctico y espiritual también fue registrado en Sonora por el antropólogo estadounidense William J. McGee (1853-1912), quien en 1894 documentó cómo la comunidad utilizó el varamiento de un enorme espécimen, ocurrido hacia 1887, como un hito cronológico fundamental denominado "El Tiempo del Gran Pez". Al explorar la Isla Tiburón en 1895, McGee localizó restos óseos de dicho ejemplar dispersos en las estructuras de una aldea; considerando que las dimensiones registradas de los huesos correspondían a un organismo superior a los veinte metros de longitud y que la presencia de grandes rorcuales en la región continúa siendo frecuente, inferimos que pudo tratarse de un miembro de la familia Balaenopteridae. Aunque los investigadores de la época debatieron si el suceso fue accidental o inducido por los nativos en balsas, los vestigios evidenciaron que la comunidad se congregó para consumir los restos del cetáceo, lo que ilustra, en la práctica, el profundo vínculo utilitario y cultural que este pueblo mantuvo con los recursos marinos de su territorio.

Therya *ixmana*, 2027, Vol. 6(1):61-65

Este aprovechamiento inicial motivó la transición hacia una caza de subsistencia activa en el Ártico, destacando la captura de la ballena de Groenlandia o de cabeza arqueada (*Balaena mysticetus*) por parte de pueblos como los *inuit*, *iñupiat* y *yupik* en el mar de Bering y en el océano Ártico. Este misticeto se consolidó como un recurso indispensable durante miles de años, debido a rasgos biológicos como su desplazamiento lento y su flotabilidad positiva al morir, lo que facilitaba remolcarlo hasta la costa para faenarlo. Más allá de proveer carne, barbas, tendones y el *muktuk* (bloques de piel y grasa cruda para su consumo), la cacería se regía por el respeto y la reciprocidad, según los cuales el animal era un ser sintiente que se ofrecía voluntariamente si se cumplían rituales específicos, tales como brindar agua dulce a la presa remolcada o devolver su cráneo al mar para asegurar su renacimiento. Lejos de ser una actividad del pasado, esta práctica de subsistencia persiste en la actualidad, regulada mediante cuotas de la Comisión Ballenera Internacional (CBI) y esquemas de comanejo de la comunidad inuit de Alaska con la agencia correspondiente del gobierno estadounidense (*National Oceanic and Atmospheric Administration*; NOAA). Sin embargo, este aprovechamiento tradicional contrastó drásticamente con el desarrollo de la caza comercial, originada siglos atrás en el Atlántico Norte, con las flotas vascas en el Golfo de Vizcaya (España y Francia) y en Terranova (Canadá). A diferencia de la caza de subsistencia, con la cual coexistió en diversas regiones, la posterior expansión de las flotas europeas y estadounidenses respondió a intereses meramente mercantiles, dando paso a una explotación extractiva a escala global.



Una representación de principios del siglo XVIII de la caza de ballenas de subsistencia por parte de los inuit frente a la costa de Groenlandia. Ilustración: Hans Egede (1745, Wikimedia Commons).

Cerca de la época en que comenzaron las primeras incursiones de los barcos europeos en busca de cetáceos en el Ártico, comenzó la colonización de la región de Nueva Inglaterra (EE.UU.). Los primeros exploradores y colonos encontraron aguas que se regocijaban con la presencia de innumerables ballenas. Un testimonio emblemático de este escenario quedó registrado en el diario del ministro puritano Richard Mather (1596-1669), quien en 1635 viajaba a bordo de una embarcación de colonos. Al navegar cerca de Terranova, Mather describió el espectáculo combinando una observación empírica con las referencias teológicas de su época: "Por la tarde vimos enormes ballenas arrojando agua al aire como el humo de una chimenea, volviendo el mar a su alrededor blanco y canoso, tal como se menciona en el Libro de Job. Su magnitud era tan increíble que ya no me sorprende que el cuerpo de Jonás pudiera haber estado en el vientre de una ballena". Las páginas de su bitácora contienen múltiples registros de este tipo; días después, al aproximarse a la costa norteamericana, el ministro anotó que la presencia de numerosos grupos de grandes ballenas se había convertido en avistamientos constatados.

La industria ballenera de Nueva Inglaterra comenzó con el aprovechamiento de varamientos fortuitos, pero la abundancia de ejemplares cerca de la costa, como la ballena franca del Atlántico Norte (*Eubalaena glacialis*), impulsó rápidamente la caza costera con arpón, que se consolidó desde Long Island hasta Maine a finales del siglo XVII. El giro definitivo hacia la caza pelágica ocurrió en la isla de Nantucket en 1712, cuando una embarcación arrastrada mar adentro capturó por primera vez un cachalote (*Physeter macrocephalus*), lo que motivó una expansión oceánica por todo el Atlántico Norte a medida que las poblaciones costeras declinaban. Durante los siglos XVIII y XIX, la demanda incesante de la industria continuó impulsando la búsqueda de nuevas poblaciones. Muestra de esta expansión fue su llegada al Pacífico oriental, donde las zonas de reproducción de la ballena gris (*Eschrichtius robustus*) en la península de Baja California (México), aunque conocidas desde tiempos ancestrales por las comunidades locales, fueron documentadas y dadas a conocer a la industria ballenera por Charles M. Scammon (1825-1911), naturalista y capitán de la embarcación ballenera estadounidense Boston.

En 1855, Scammon y su tripulación zarparon desde California hacia el litoral de la península de Baja California para emprender una campaña de caza. Durante esta expedición, el capitán localizó una inesperada abundancia de ballenas grises, incluidas madres con crías, en las aguas someras de la Laguna Ojo de Liebre (*Scammon's Lagoon*), que, junto con la Laguna San Ignacio y la Bahía Magdalena, resultaban de fácil acceso para los barcos que operaban desde San Francisco y Hawái (EE.UU.). El propio Scammon registró en sus bitácoras que la alta agregación de estos misticetos para la reproducción le permitió estudiar de cerca sus hábitos y recopilar datos fundamentales sobre la historia natural de la especie. Sin embargo, la difusión de estas áreas atrajo rápidamente numerosos barcos dispuestos a cazar ballenas en ellas. La intensa actividad extractiva incluso marcó la toponimia de la región, como ocurrió con la laguna Guerrero Negro, que debe su nombre al barco ballenero *Black Warrior*, que naufragó en la boca de la laguna en 1858 tras ser azotada por fuertes vientos. Con la inclusión de estos lugares de reproducción entre los objetivos de la caza comercial, la presión extractiva se intensificó de manera crítica, lo que provocó un severo declive de las poblaciones de la especie en pocas décadas.

Therya *ixmana*, 2027, Vol. 6(1):61-65



Una escena que ilustra la caza de ballenas en las aguas del Pacífico norte durante el siglo XIX.
Ilustración: Charles M. Scammon (1874, Wikimedia Commons).

El declive acelerado de las poblaciones de ballenas impulsó los primeros intentos internacionales de regulación en la primera mitad del siglo XX. En 1946, diversas naciones firmaron la Convención Internacional para la Regulación de la Caza de Ballenas, tratado que entró en vigor en 1948 y dio lugar a la formalización de la CBI en 1949. En sus inicios, este organismo no funcionaba como una organización de protección de los cetáceos, sino como un foro intergubernamental orientado a regular las cuotas de captura y a garantizar el desarrollo ordenado de la industria ballenera, con la participación temprana de países como Estados Unidos de América, Canadá, el Reino Unido, entre otros, incluido México. No obstante, los métodos de administración iniciales y la intensa presión extractiva demostraron rápidamente la ineficacia de la gestión de los grandes misticetos bajo un esquema comercial.

A partir de la década de 1970, la perspectiva global sobre estos animales experimentó un giro determinante. Por un lado, las investigaciones bioacústicas y ecológicas, como la descripción de los cantos de la ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae)*, revolucionaron la percepción pública al evidenciar la complejidad social de los cetáceos. En paralelo, un creciente movimiento conservacionista internacional trasladó la preocupación ciudadana al ámbito institucional mediante una gestión activa ante los representantes diplomáticos de la CBI. Esta presión política convergió con modelos demográficos rigurosos desarrollados por el Comité Científico del organismo internacional, lo que permitió, en 1982, la aprobación de una moratoria global a la caza comercial de ballenas, vigente desde 1986. Aunque este mandato mantiene cuotas reguladas para la caza aborigen de subsistencia, la moratoria consolidó un cambio paradigmático en la gobernanza marina internacional que persiste hasta el día de hoy.

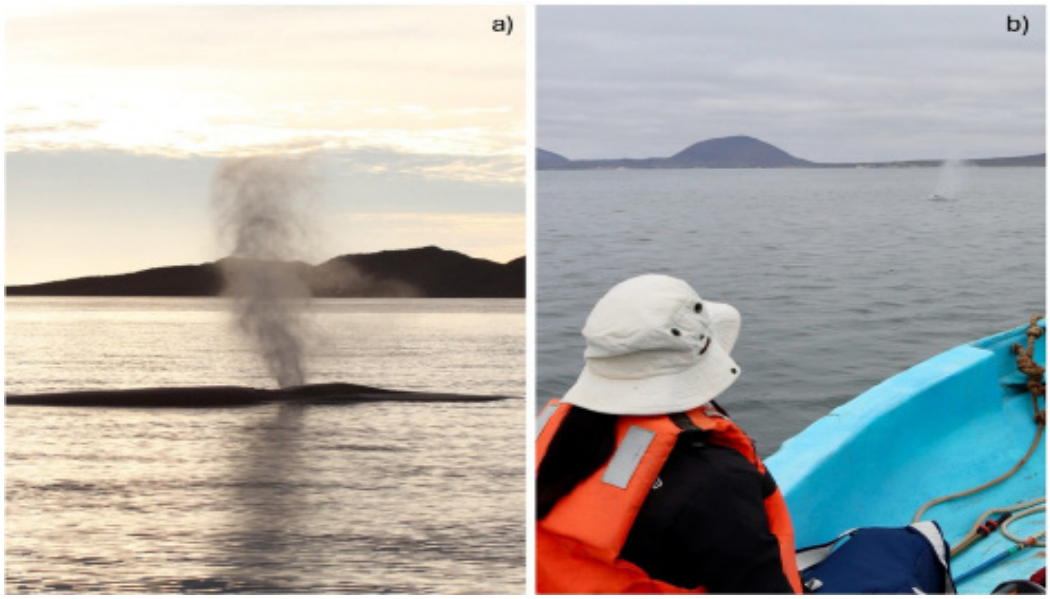
¿Y cuál es el panorama actual para las ballenas? Aunque algunas embarcaciones científicas nos recuerdan recuerdan a los antiguos barcos balleneros, hoy los arpones se han sustituido por cámaras fotográficas y ballestas con flechas para biopsias, implementadas para obtener muestras valiosas de grasa y piel con un impacto mínimo sobre los animales y que, por el contrario, permiten individualizarlos y generar información fundamental sobre su biología y ecología. Hoy, estas herramientas se complementan con drones e imágenes satelitales para dilucidar su exposición a contaminantes antropogénicos (es decir, causados por el ser humano) y comprender mejor sus patrones de movimiento. Este monitoreo biológico nos ha revelado realidades opuestas: mientras algunas poblaciones de cetáceos aumentan, otras especies y poblaciones siguen amenazadas por impactos humanos persistentes, entre los que destacan las colisiones con embarcaciones y las interacciones con la pesca. Lejos de una estabilidad lineal, el futuro de las ballenas abre una etapa en la que su conservación dependerá de la capacidad de adaptación tanto de las especies como de las sociedades humanas. Este panorama subraya la responsabilidad de los tomadores de decisiones, de la comunidad científica y del público en general de responder a estos desafíos con flexibilidad e innovación, actuando como la principal defensa de estas especies y de sus ecosistemas.

Hoy, aquellas columnas de vapor vistas desde la costa ya no delatan a temibles "monstruos marinos", sino el frágil respiro de gigantes vulnerables. Frente a los retos del cambio climático y la alteración de sus hábitats, el antiguo temor ahora se está convirtiendo en un compromiso colectivo para proteger el aliento de los animales más grandes que han habitado los océanos de nuestro planeta.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos al revisor o a la revisora asignada por sus valiosos comentarios y sugerencias, que ayudaron a enriquecer el manuscrito. El primer autor agradece a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) el apoyo económico otorgado durante sus estudios de posgrado.

Therya *ixmana*, 2027, Vol. 6(1):61-65



a) Soplo de ballena de aleta o rorcual común (*Balaenoptera physalus*) en un atardecer del Golfo de California, México. b) Investigadora observa desde una embarcación menor el soplo de una ballena gris (*Eschrichtius robustus*) en la Bahía de San Quintín, Baja California, México. La investigación científica coadyuva a la conservación de las ballenas, pues aporta información para la gestión de estos recursos naturales.
Fotografías: a) Héctor Pérez-Puig y b) José Ángel Ortega-Borchardt

LITERATURA CONSULTADA

Campagna, C., y D. Guevara. 2022. "Save the Whales" for Their Natural Goodness. Pp 397-424 *in* Marine Mammals: The Evolving Human Factor (Notarbartolo di Sciara, G., y B. Würsig, eds). Springer International Publishing. Cham, Suiza.

Constantine, R. 2018. Folklore and legends. Pp 384-385 *in* Encyclopedia of Marine Mammals (Würsig B., J. Thewissen, y K. M. Kovacs, eds.). Academic Press. Massachusetts, EE.UU.

Curtis, E. S. 1930. The North American Indian (Vol. XX). University of Cambridge Press. Cambridge, Inglaterra.

Donovan, G. P. 2018. International Whaling Commission. Pp 517-520 *in* Encyclopedia of Marine Mammals (Würsig B., J. Thewissen, y K. M. Kovacs, eds.). Academic Press. Massachusetts, EE.UU.

Dorsey, J. M. 2023. The Lagoon: Encounters with the Whales of San Ignacio. Diversion Books. Nueva York, EE.UU.

Horton, T. W., D. M. Palacios, K. M. Stafford, y A.N. Zerbini. 2022. Baleen whale migration. Pp. 71-104 *in* Ethology and Behavioral Ecology of Mysticetes (Clark, C. W., y E. C. Garland, eds.). Springer International Publishing. Cham, Suiza.

Laugrand, F., y J. Oosten. 2015. Hunters, Predators and Prey: Inuit Perceptions of Animals. Berghahn Books. Nueva York, EE.UU.

McGee, W. J. 1980. Los Seris: Sonora, México. Instituto Nacional Indigenista. Distrito Federal, México.

Ortega-Borchardt, J. Á., G. Heckel, e I. D. Barba-Acuña. 2025. ¿Por qué y cómo cantan las ballenas? Therya *ixmana* 4:55-58.

Papadopoulos, J. K., y D. Ruscillo. 2002. A Ketos in Early Athens: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World. American Journal of Archaeology 106:187-227.

Roberts, C. 2007. The Unnatural History of the Sea. Island Press. Washington D.C., EE.UU.

Roman, J. 2006. Whale. Reaktion Books Ltd. Londres, Reino Unido.

Stewart, J. D., M. T. Tinker, R. L. Brownell, y A. J. Read. 2025. The future of baleen whales: Recoveries, environmental constraints, and climate change. Science Advances 11:8031.

Stoker, S. W., e I. I. Krupnik. 1993. Subsistence whaling. Pp. 579-629 *in* The Bowhead Whale (Burns, J. J., J. J. Montague, y C. J. Cowles, eds.). Special Publications No. 2, Society for Marine Mammalogy. Ontario, Canadá.

Whitridge, P. 1999. The prehistory of Inuit and Yupik whale use. Revista de Arqueología Americana 16:99-154.

Sometido: 09/oct/2026.
Revisado: 23/oct/2026.
Aceptado: 18/nov/2026.
Publicado: 20/nov/2026.
Editor asociado: Dra. Alina Gabriela Monroy-Gamboa.